

Economía: encrucijada y reto para los afrodescendientes cubanos

Leonardo Calvo Cárdenas
Historiador y politólogo
Corriente Socialista Democrática Cubana
Director general del Grupo Mediático Consenso
La Habana, Cuba

La profunda crisis estructural generalizada que por casi dos décadas estremeció hasta los cimientos mismos de la sociedad cubana ha causado un efecto especialmente negativo en la vida y posibilidades económicas de la población negra del país.

Históricamente excluidos por los giros socioeconómicos de nuestro devenir histórico: como esclavos sometidos a la más cruel e inhumana explotación debieron escoger entre la ignominia degradante del barracón y el trabajo forzado o el riesgo extremo de la costosa libertad de los palenques.

Como libertos y ciudadanos vieron por muchas décadas sus derechos, anhelos y necesidades desconocidos y frustrados, por la marginalización forzada de esa parte esencial de nuestra cultura con que las elites poderosas condicionaron la fractura social que tanto daño ha causado a nuestra estructuración nacional.

Ni los costosos e innegables avances alcanzados durante la primera mitad del siglo pasado ni las igualdades promovidas desde arriba, luego del triunfo revolucionario de 1959, lograron establecer y afianzar los necesarios equilibrios que demanda una sociedad como la nuestra, expresión de la más amplia diversidad étnica y racial.

Durante la última década del siglo pasado sobrevino el derrumbe de esa estabilidad precaria y artificial que, por varios lustros, habían sostenido en Cuba los generosos e interesados subsidios comerciales y financieros de la hoy extinta Unión Soviética, que así sustentaba también el voluntarismo improvisatorio y el expansionismo militar del alto liderazgo de la Isla.

Con las reales debilidades y deficiencias de la economía cubana al descubierto afloraron con mayor nitidez las desventajas de un amplio sector poblacional, siempre preterido en sus aspiraciones y derechos. Desde el inicio

de la crisis de los 90 los negros y mestizos cubanos se vieron, una vez más, lejos ó fuera de los patrones de bienestar y de las posibilidades de desenvolvimiento y prosperidad económica.

La posesión y producción agrícola se convirtió en negocio altamente promisorio y lucrativo. La disminución considerable de la importación de alimentos y la improductividad e ineficiencia del Estado, máximo latifundista que monopoliza el 85% de la superficie cultivable, propiciaron que los campesinos individuales, con sus limitados recursos y enfrentando múltiples restricciones, se convirtieran en el sector más productivo y eficiente de tan importante rama de la economía, generadora entonces de apreciables beneficios financieros.

Sin embargo, muy pocos negros son pequeños agricultores, los únicos propietarios privados reconocidos en Cuba y los máximos beneficiarios por casi dos décadas del monopolio y la improductividad estatal. Ello es resultado de una carencia histórica, en tanto los ex esclavos libertos se veían obligados a reciclar su vida en las ciudades o se convertían en obreros agrícolas. Tal vez un raigal desapego al sentido de propiedad, fuente de su desarraigo y explotación durante siglos, condiciona que antes y ahora los afro descendientes cubanos queden fuera de importante enclave agroeconómico.

Durante muchos años la sola posesión de moneda norteamericana, por ínfima que fuera, era motivo de represión policial y penal. Muchos cubanos sufrieron considerables condenas por esta causa, pero un buen día, por interés perentorio del gobierno, la economía y la sociedad fueron dolarizadas, al punto de ser imprescindible contar con divisas para acceder a servicios y artículos de primera necesidad.

Como es lógico tal enroque económico convirtió a las remesas de los emigrados cubanos en una de las principales fuentes de bienestar y posibilidades económicas. Lo cual vuelve a poner a la población negra en franca desventaja, porque menos del 5% de la emigración es negra y mestiza. Así se aleja este segmento de la población de la ahora salvadora e imprescindible moneda del enemigo.

La pequeña iniciativa individual o familiar, conocida como trabajo por cuenta propia, fue otra brecha que, presionado por la crisis y sus propias carencias, el gobierno cubano decidió abrir en el férreo y desastroso estatismo que por varios lustros sembró el retraso en la economía nacional y el agobio cotidiano en las familias cubanas.

Gracias a la debilidad del sistema el *cuentalpropismo* se convirtió en fuente de cierta prosperidad material para algunos emprendedores compatriotas, capaces de sobreponerse, con constancia y dedicación, al pobre respaldo gubernamental, las legislaciones arbitrarias y los gravámenes confiscatorios. Nuevamente muy pocos cubanos negros pueden participar y beneficiarse de este espacio de desenvolvimiento y acumulación, por carecer de fundamentos materiales ¿viviendas lujosas, automóviles, remesas familiares? que puedan servir para impulsar las incipientes actividades económicas.

Otras opciones del gobierno para enfrentar la inviabilidad del modelo y la crisis generalizada son las empresas mixtas y la inversión extranjera, en las cuales los cubanos sólo pueden ser mano de obra. Tanto estos nichos de pseudo economía capitalista controlada como el tardío impulso a la industria turística constituyen importantes zonas de vínculo directo y apreciable con la moneda dura, aunque en ambos sectores las autoridades se reservan

el control estricto de la fuerza de trabajo, los beneficios y la remuneración.

En esos espacios la presencia de negros es muy limitada. Y esto no se debe a una carencia histórica o cultural, puesto que hay muchos afro descendientes con condiciones personales, capacidad intelectual y bagaje profesional suficientes, pero su acceso a esas instancias se obstaculiza por una casi impenetrable madeja de contención, velada pero evidente. Esta situación lamentable ha llegado a cotas preocupantes. Podemos pasearnos por varias oficinas de la economía dolarizada, tiendas en divisas y enclaves turísticos, que veremos sólo a muy pocos especialistas, funcionarios y empleados de raza negra, a pesar de constituir alrededor de la mitad de la población y de haber transcurrido casi medio siglo de espacios y oportunidades supuestamente compartidas.

Es impactante el caso real de una destacada especialista que, al incorporarse a una dependencia de la Academia de Ciencias, fue sorprendida por sus nuevos compañeros: ellos le aseguraron que la aceptaban por tratarse de su persona, pero que no querían negros en el departamento.

Los cubanos negros y mestizos no sólo fueron desarraigados de su tierra, explotados como instrumentos respirantes por el colonialismo esclavista y marginados por el elitismo excluyente de los sectores que, con poca sensibilidad social y humanista, hegemonizaron los poderes y espacios republicanos. También fueron tronchados en su desarrollo y avance por el paternalismo manipulador de un poder que dio por resuelto, en beneficio de su imagen y aureola, el problema racial en Cuba. Así anuló el derecho de asociación y el necesario debate social sobre un problema de raíces ancestrales y trascendental repercusión para el devenir presente y futuro de nuestra convivencia nacional.

Finalmente las nuevas coyunturas socio-económicas, junto a las desventajas acumuladas y no resueltas, vuelven a colocar a este sector de la sociedad, fundamento esencial de la cultura nacional (y que, no huelga recordarlo, dista de ser minoría demográfica) en los márgenes de exclusión.

A estas alturas los más socorridos canales de acceso al bienestar y la prosperidad para los afro descendientes cubanos son más precarios y menos edificantes. Nuevamente aflora el escape con desarraigo, manifestado en los muy frecuentes matrimonios con extranjeros y en la emigración forzada de atletas y artistas, que deben separarse de su tierra y sus familias para buscar en otras latitudes las posibilidades de desarrollo en libertad que son negadas aquí por el indolente interés de los que gobiernan con un discurso pretendidamente revolucionario e incluyente, pero con métodos y referencias antiguos y desfasados.

Muchos negros y mestizos, fundamentalmente jóvenes nacidos y formados en los marcos temporales y educacionales del sistema revolucionario, han sido empujados al delito económico y otros hímenes por la subversión de valores y referencias ético-morales que normalizan la corrupción en todas sus formas y niveles, como el medio más natural de acceso al bienestar material; por la creciente distancia entre los patrones discursivos del poder y la agobiante realidad socioeconómica, por las desigualdades y marginaciones que sufren sobre todo los sectores menos favorecidos de la sociedad.

Para el gobierno cubano es una dura asignatura pendiente que los jóvenes negros y mestizos sean el segmento mayoritario de la abultada población penal. Con la responsabilidad que otorgan tantos lustros de dominio y control absoluto, las autoridades deben hacer un análisis honesto, profundo y crítico

sobre un problema de graves implicaciones sociales y humanas que requiere urgente solución. La gravedad exige que se abandone la esquemática e insólita argumentación de que las disfunciones sociales en el capitalismo son culpa de sistema, mientras que en la sociedad cubana actual son sólo responsabilidad de las familias o los ciudadanos.

Las desigualdades, desventajas y exclusiones que todavía sufre este importante sector de la sociedad provocan fracturas y conmociones que hacen peligrar la integración y evolución de la nación cubana con la participación armónica de todos sus componentes. Los gobernantes cubanos deben mostrar la sensibilidad y determinación necesarias para revertir tan lamentable y socialmente nocivo estado de cosas. Se puede comenzar por:

Reconocer los derechos y espacios económicos y cívicos para que no sea necesario buscar en el extranjero el desarrollo y bienestar que los cubanos pueden y deben alcanzar en su tierra.

Abrir el debate en el ámbito intelectual y social, donde los interesados y responsables, sin exclusiones, prejuicios, antejuicios y condicionamientos, puedan intercambiar criterios, inquietudes, vivencias y propuestas sobre las causas y posibles soluciones para problemas que deben motivar la sensibilidad de todos los cubanos.

Activar mecanismos eficaces que garanticen el acceso de los negros y mestizos con condiciones y capacidades a los espacios académicos, empresariales e institucionales. Es preciso aclarar que en Cuba no es pertinente promover la acción afirmativa, porque los afro descendientes no somos minoría.

Abrir líneas de crédito y apoyo económico a la iniciativa privada de los negros y mestizos, basados en la capacidad y experiencia, integridad y probidad moral, pero sin condicionamientos de fidelidad política.



Trabajador por cuenta propia

Los negros y mestizos cubanos tenemos el reto histórico y el compromiso con el futuro de salir definitivamente del barracón y subir al palenque, pero como todo es su circunstancia, el palenque de hoy son la autoconciencia y determinación para hacer valer, con ética y civismo, nuestros valores y derechos. Debemos asumir el reto y la responsabilidad de levantar no el machete, sino la frente, los ojos y sobre todo la voz, para limpiar tantos años de exclusión ignominiosa a que ha sido sometida esta parte fundamental de la nación y la cultura cubana por la indolencia de todas las elites y por nuestras propias carencias culturales.

Sólo levantando la frente y la voz logramos que nuestros hijos y nietos tengan la vida digna que merecen.